

La perspectiva naturalista en el magisterio y en la obra geográfica de Manuel de Terán

Julio MUÑOZ JIMÉNEZ

Universidad Complutense de Madrid

Cuando, en 1976, Don Manuel de Terán se jubiló y cuando, en 1984, se produjo su fallecimiento la Universidad Complutense a iniciativa de la sección de Geografía promovió y llevó a cabo diversos actos en homenaje a su figura —que se desarrollaron en esta facultad— y realizó la edición —coordinada por Don Joaquín Bosque Maurel— de dos libros («Pensamiento geográfico y espacio regional en España» y «La Geografía española y mundial en los años ochenta») dedicados, respectivamente, a mostrar un panorama antológico de sus aportaciones científicas y de su actividad docente e investigadora y a presentar un balance del estado de la disciplina geográfica en el momento de su salida de la escena universitaria: de una escena en la que su calidad humana e intelectual, su capacidad científica y su excelencia docente le habían llevado a desempeñar un papel muy destacado (fundamental para muchos e inolvidable para quienes nos consideramos sus discípulos). Ya han pasado veinte años y con ocasión del centenario de su nacimiento parece llegado el momento de reavivar su recuerdo en esta facultad, donde Don Manuel desarrolló su labor durante un cuarto de siglo, y concretamente en esta casa, donde trabajó en los siete años previos a su jubilación y en cuyo piso 12 algunos de los que aquí estamos fuimos iniciados por él en la investigación y la enseñanza de la Geografía. Y parece también un buen momento para contemplar su figura y su obra con la perspectiva que da el tiempo y valorarla con una serenidad que era muy difícil de conseguir en el momento de su desaparición: Desde esta distancia y con esta perspectiva Terán se nos presenta hoy como una figura indiscutible en la historia de la Geografía española, dentro de la que destaca como impulsor de su modernización en las décadas centrales del siglo XX y como maestro de un número muy significativo de los geógrafos que han participado después en el desarrollo de nuestra disciplina en la práctica totalidad de sus áreas temáticas.

No hay duda de que su labor modernizadora y formadora de investigadores y profesores resulta más evidente en el área de la Geografía Humana —sobre todo en el campo de la Geografía Urbana— y en el de la Geografía Regional; podría parecer, observando su producción bibliográfica y la distribución de sus discípulos en las «áreas de conocimiento» actuales, que fue menor su interés por promover la puesta al día de la Geografía Física y por facilitar la especialización en ella de los nuevos geógrafos. Ciertamente, son escasas sus publicaciones centradas de forma exclusiva en los aspectos naturales de los territorios, es corto el número de memorias de licenciatura y de tesis doctorales dirigidas por él dedicadas específicamente

a estos temas y somos minoritarios sus discípulos universitarios adscritos al área de Geografía Física. Sin embargo, siempre consideró básica e irrenunciable la dimensión naturalista de nuestra disciplina y su interés por estar al día —y poner al día a sus discípulos— en sus aspectos o contenidos más próximos a las ciencias naturales fue permanente.

Terán mantuvo una permanente colaboración con los mejores especialistas españoles ubicados en el campo de las ciencias naturales y los incorporó a sus proyectos de geografía regional; destacan entre ellos Eduardo y Francisco Hernández-Pacheco, Juan Dantín Cereceda, Vicente Sos Baynat, Carlos Vidal Box, Noel Llopis Lladó, Pío Font Quer, Valentín Masachs Alavedra y, sobre todo, Luí Solé Sabarís, con quien mantuvo una permanente amistad y que falleció sólo unos meses después que Don Manuel. Y mantuvo una fluída relación con especialistas europeos en todos los campos de la Geografía Física, sobre todo franceses —como Max Derruau, Pierre Birot, Maurice Pardé y André Cholley—, pero también alemanes —como Hermann Lautensach o Carl Troll— y de lengua inglesa.

Se preocupó igualmente por disponer de —y de poner a nuestro alcance— no sólo libros, sino documentos de trabajo, apuntes de clase o artículos de revista de difícil acceso, de procedencia extranjera (encargando incluso su traducción o escribiendo él mismo trabajos de síntesis o puesta al día). Gracias a los contactos establecidos por Don Mnuel las entonces innovadoras formulaciones geomorfológicas de Jean Tricart y André Cailleux llegaron a nosotros con gran rapidez, aún en forma de textos policopiados. Y del mismo modo tuvimos acceso inmediato a los trabajos fundacionales de la Ecología de Paisajes gracias a las separatas que sus principales autores (Troll, Bobek, Smithusen, etc) le enviaban y que él hacía traducir a un castellano comprensible.

Facilitó también y promovió la transmisión a los nuevos discípulos de los conocimientos y la experiencia en Geografía Física adquirida por sus primeros colaboradores: hizo prácticamente norma que quienes realizábamos los estudios de postgrado con él asistiésemos a los Cursos de Campo de Geomorfología estructural organizados y dirigidos en Valladolid por Don Jesús García Fernández y nos introdujo en las nuevas ideas de la Climatología dinámica y sinóptica gracias a las charlas y seminarios sobre el tema impartidos en el Instituto Elcano del CSIC por Don Antonio López Gómez, recién incorporado a la dirección del departamento de Geografía de la nueva Universidad Autónoma de Madrid.

Y acogió, en fin, de forma respetuosa y apoyó en la medida de sus posibilidades las iniciativas tendentes a poner en marcha en la universidad Complutense una línea investigadora y docente especializada en Geografía Física: desde 1970 impulsó y puso en manos de Eduardo Martínez de Pisón la dirección de un Seminario de Geografía Física y de unos programas anuales de trabajos de campo que muchos de los actuales profesores de nuestros departamentos han de recordar y de los que surgió un grupo o escuela cuya participación en el desarrollo de los estudios geomorfológicos, biogeográficos y de paisaje tuvo una significación notable en los años posteriores.

Fue, pues, Don Manuel de Terán un verdadero maestro de geógrafos físicos, porque trabajó para mantener o incrementar la vigencia de la perspectiva naturalista

dentro del campo de la Geografía; porque despertó nuestro interés por los temas relacionados con ella; porque procuró siempre mantenerse al día en ellos —aunque su dedicación se centrara más en otros— y porque trabajó incansablemente para poner al día a sus discípulos; porque acogió y apoyó los deseos de especialización naturalista dentro de la Geografía de algunos de nosotros; y, en suma, porque nos dio libertad para encauzar nuestro trabajo y nos ayudó a avanzar en la línea de investigación que habíamos escogido. No limitó pues su atención y su magisterio a quienes encauzaban su actividad en los caminos por donde él mismo avanzaba prioritariamente y en los que centraba su labor de modernización y puesta al día, sino que fomentó la apertura y acondicionamiento de otras sendas como las de la Geografía Física, por las que nunca dejo de tener un interés personal y a las que nunca consideré ajenas a nuestra ciencia o marginales dentro de ella.

De hecho, sus tres últimos trabajos de investigación —que Don Antonio López denominó «Tres estudios ejemplares», considerándolos la expresión más completa de «una vida de lecturas innumerables, meditación y estudio, muestra última de vastos saberes, no sólo geográficos, combinados con una gran capacidad de síntesis»— hacen referencia al relieve terrestre y prioritariamente al relieve de montaña y a su percepción e interpretación por parte del hombre: «Del mythos al Logos», «Las formas del relieve terrestre y su lenguaje» y «De causa Montium» —estos últimos presentados por Don Manuel como discursos de ingreso en las reales academias de la Lengua y de la Historia— ponen de manifiesto la persistencia del interés y de la valoración de la dimensión naturalista del conocimiento geográfico de los territorios y las ciudades: una dimensión que Terán pretende hacer, no sólo compatible con su dimensión social, sino necesaria y significativamente trabada con ella.

Esta búsqueda de la trabazón entre naturaleza y sociedad aparece ya en uno de sus primeros escritos de Geografía Urbana, el redactado en 1949 y referente a la ciudad de Toledo, que con motivo de su centenario ha sido recuperado y editado por Daniel Marías y publicado hace unas semanas por la Real Academia de la Historia. En él figuran, con la excelente prosa que siempre le caracterizó, los párrafos que a continuación se exponen como síntesis y conclusión.

El primero, en el que Terán plantea la relación y la profunda analogía entre lo natural y lo humano en el paisaje de la ciudad histórica, dice:

«En la meseta castellana y en el valle del Tajo, Toledo es ciudad en el más preciso y geográfico sentido de la palabra. Es una forma perfecta y definida de paisaje humanizado; la piedra y el barro han sido en las manos del tiempo convertidos en verbo y oración; toda la ciudad es artificio del espíritu y monumental creación de arte e Historia. Y sin embargo lo natural y telúrico está siempre a flor de piel, no solo como paisaje físico sobre el que se proyecta la silueta de la ciudad, sino como sustentáculo o apoyatura material que constituye su esqueleto y armazón. Un meandro del Tajo cavado en roca viva, aísla y define en el curso del río una forma topográfica de señalada originalidad y, sobre ella, ciclos de historia han concentrado en densa y apretada estratificación potentes espesores de vida espiritual. ... El paisaje que Toledo nos presenta [es un] un paisaje en que se superponen y componen ciclos de erosión geológica y de actuación histórica, y en el que un nuevo ciclo se afana en destruir las formas del pasado para edificar sus propias formas».

En el segundo párrafo remarca, sin embargo, la necesidad de dar un paso más e introducir la perspectiva social para alcanzar el conocimiento geográfico pleno de la ciudad. Dice así:

«Ante el espectáculo de la vieja ciudad, cuajada en prestigio monumental, el tiempo nos parece detenido en tal forma, que la presencia y vida de sus actuales moradores nos resulta sin significación ni justificación, sin relación con la casa que habitan: la población entera parece como un revoco de estuco o cemento que enmascara la noble sillería de los muros de una catedral. Quisiéramos a la ciudad en soledad de ruinas, sin otra compañía que la de la yedra, como quisiéramos ver a cada monumento con la pureza de su construcción original Pero la vida de la ciudad sigue y reclama sus derechos, como el agua reclama los suyos a cruzar su cauce en la montaña cuyas formas altera o destruye. Sobre el peñón y en el caserío en su superficie retenido viven 40.223 personas: ¿qué son estos hombres?, ¿qué hacen?, ¿de qué viven?, ¿qué piensan?, ¿cuál es su relación con el Toledo que nosotros vamos a ver?. Aquí también hay otra ciudad que ver, que no es la del monumento o de la roca: [es] esta [la] ciudad del hombre, la que —querámoslo o no— conforma la vida de la sociedad urbana».